

Desde que el Premio Internacional de Literatura, que le concedieron en 1961 los editores europeos reunidos en Formentor, certificó el estatuto universal de Jorge Luis Borges y acrecentó su difusión en diversas lenguas, los lectores extranjeros han hecho una experiencia desconcertante: al tiempo de conocer una admirable serie de obras que parecen nacidas en el más decantado humus de la cultura occidental, han recibido una serie paralela de declaraciones políticas, a cual más disparatada, estableciéndose ese curioso desequilibrio entre una admiración ampliamente extendida y una repulsa que tiene casi el mismo radio. Quienes venimos siguiendo su obra desde veinte años antes, cuando la aparición de *El jardín de senderos que se bifurcan* (1941), estamos algo más entrenados en esta experiencia: si eso no nos ha hecho más indulgentes para sus opiniones desafortunadas, al menos nos ha acostumbrado a recibirlas sin sorpresa y a veces con encogimiento de hombros. A fines de los cincuenta, cuando me negé la sala de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires para dictar una conferencia, escribí un artículo de título truculento: "Oscuridad a mediodía". Hoy sería incapaz de hacerlo.

Pero reconozco que cualquier argentino exiliado, con amigos igualmente perseguidos o desaparecidos o muertos, tiene sobrado derecho a la indignación y al odio. Eso puede verse en el librito que acaba de publicar en México el novelista Pedro Orgambide, *Borges y su pensamiento político*. Después de historiar la aciaga vida política de su país

en el último medio siglo, examinando la conducta de Borges en ese largo período, remata con este anuncio ominoso: "Cada hombre deberá presentarse en los Tribunales del Pueblo, según sea su culpa o su responsabilidad en el inmenso crimen. También Borges".

Me temo, sin embargo, que aunque son muchos los que comparten la posición política de Orgambide, serán bastante menos los que respaldarán su reclamo justiciero. Entre los intelectuales opuestos a los militares, aun entre aquellos de la izquierda, el caso de Borges provoca más que odio, un desagradable malestar. Se me hace una situación parecida a la que vivieron los norteamericanos con su mayor poeta, Ezra Pound, colaborador de Mussolini durante la guerra. ¿Qué hacer con Pound? fue la repetida pregunta mientras los norteamericanos avanzaban en la reconquista de Italia y oían en la radio fascista sus audiciones contra ellos y su propio país. Luego del episodio de la jaula bamboleante, dentro de la cual Pound comenzó a musitar sus futuros "cantos pisanos", se prefirió el ardid de declararlo loco, evitándose así tener que juzgarlo por alta traición, y se le remitió al hospital de Santa Isabel, en Washington, durante casi tres lustros, hasta ese año de 1958 en que fue puesto e libertad y de inmediato abandonó Estados Unidos para

siempre, rumbo a Italia. No, Pound no estaba loco.

Tampoco lo está Borges, pero si se reunieran sus plurales declaraciones y se las cotejara, no faltaría quien lo afirmara o al menos dijera que, como Hamlet, finge a la perfección la locura. Porque lo curioso de estas condiciones políticas es que nadie puede asumirlas como doctrina, ni siquiera los dictadores militares que se benefician del apoyo del escritor, en mérito a su fama literaria, pero a quienes nada puede producir mayor escozor que las tajantes aseveraciones antidemocráticas de Borges. No estamos reviviendo las posiciones de Lugones con respecto a "la hora de la espada" formuladas en 1924, las cuales se nos presentan retrospectivamente, como la manifestación coherente de una teoría política autoritaria. Estamos presenciando una sucesión desarticulada de explosiones, muchas veces contradictorias entre sí y casi siempre formuladas exactamente en oposición a las ideas recibidas o sostenidas. No es un pensamiento conservador, ni reaccionario y mucho menos totalitario o fascista, como se ha aducido. Es un pensamiento disparatado e incoherente. Hoy puede negar la cultura española y mañana defender la tradición de la lengua; hoy reclamar que Estados Unidos dirija al mundo y mañana decir que es una sociedad

Borges y la P

Angel Rama



de ignorantes. Pero además, pero los movimientos políticos del mundo actual no asumirán siete, son formulados de un modo que no los puede haber parte de una doctrina. Esta comprobación no disminuye en nada el daño que Borges hace con sus declaraciones (sobre todo para el fuerte público lector suyo de clases medias timoratas, dispuestas a creerle o a sonreír con lo que dice, aunque escondiendo una secreta satisfacción) pero pretende restituir la fuerte dosis de juego y de irresponsabili-

olítica

dad que hay en ellas, un infantil apetito de figuración que le ha venido con los años, la íntima certeza de que no es en ese campo espectacular y controvertido que se jugará su gloria (en la cual además, auténticamente, no cree) sino en la literatura que siempre queda al margen de esa espuma superficial periodística. Hay un ingrediente anárquico, pervertido, en todo esto, al cual debemos estas malas cosas, pero también otras que son buenas: la absoluta falta de vanidad que caracteriza a Borges, su total desprecio por "la carrera" de escritor que a tantos minúsculos desvela, su desinterés por las consagraciones (porque él sabe que con esta conducta se ha enajenado el Nobel que tan legítimamente le correspondería), su modo de escamotear la estatua que después de los sesenta parece aprisionar a cualquier escritor, su asombrosa juventud y aún infantilismo.

Pero lo más grave es el desconcierto de sus lectores, aún los que le son políticamente adversos, que desean disfrutar del gran escritor y a la vez poder rechazar sus desvarios políticos. Esto ha llevado a establecer esa división que está muy extendida y hasta cuenta con algunas teorizaciones imprudentes: su obra es admirable y nada tiene que ver con sus posiciones políticas. Algunos apresurados han recordado el famoso distingo que hiciera

Marx entre las ideas de Eugene Sué (socialistas) y las que se desprendían de sus novelas populares (paternalismo, caridad cristiana, etc.), tratando de fundamentar la drástica disociación: "Borges o el dios Jano", se llamaría esta teoría.

La lectura de la obra de Borges, en particular la que es posterior a 1930 y marca su reorientación ideológica, que no hará sino acentuarse con el período peronista y desemboca en un anticomunismo raigal cuando la revolución cubana, no permite fundar esa disociación. Al contrario, sus cuentos, su refutación del tiempo, su idealismo berkeleyano, su metafísica, su elaboración fragmentaria, todo concurre a una compacta elaboración de un "solipsismo" que la crítica, unánimemente, ha destacado. Por difícil que sea establecer las equivalencias entre la serie literaria y la serie social, como ha enseñado Tinianov, puede trazarse un régimen paralelístico entre las ideas consignadas expresamente en la práctica, ~~las que allí existen~~ y las ideologías que enmarcan y dan génesis al conjunto, tal como ~~ha propuesto en tal como~~ ha propuesto en su interpretación chomskiana de los textos literarios, Julia Kristeva. En esa perspectiva, no hay incoherencia entre la literatura y la pe-

culiar expresión política de Borges: ideológicamente ambas son la misma cosa.

Para aquellos a quienes pueda provocar un respingo, conviene recordarles otro discurso crítico que ha costado mucho llevar adelante, ha sido una y otra vez enfrentado por las estéticas canónicas, pero que ya ha conquistado incluso al pensamiento marxista, más reactivo porque procede de una preceptiva (un buen análisis puede consultarse en el excelente libro de Galvano della Volpe, *Crítica del gusto*), y según el cual todas las filosofías y cada una de ellas, son pasibles de generar obras de arte. Ninguna de estas puede surgir fuera de un marco ideológico, al que interpreta y sistematiza, pero sea cual fuere ese generador ideológico, siempre le está abierta la eventualidad de la obra de arte que asume y trasmuta su impulso genético. Cualquier filosofía puede darnos una alta obra de arte, de tal modo que nuestra elección no se hará por los valores artísticos, exclusivamente, sino también por lo que ella trasmite, no como mensaje explícito que pueda desprenderse del texto, sino como configuración de ese texto en el nivel del arte, donde se nos hará perceptible la más profunda comunicación ideológica.

Si somos lógicos, deberemos extraer una inquietante consecuencia: cuando rechazamos las expresiones políticas de Borges y en cambio apreciamos la consolidación de esa errátil ideología en sus formas artísticas ¿qué disociación interna de nuestra conciencia estamos comprobando?